

'El estado de la unión' de Nick Hornby

PRIMERA SEMANA

MARATÓN

Cuando llega Louise, Tom ya se ha bebido media pinta y está haciendo el crucigrama críptico del *Guardian*.

-Hola -dice Louise.

-Ah -dice Tom-. Hola. Te he pedido una copa.

-Gracias.

Louise la coge y da un sorbo.

-Gracias por venir -añade ella.

-Oh, de nada.

-¿Llevas aquí mucho tiempo?

-No, no -dice él-. Esta es la cuarta.

Louise parece alarmada.

-En realidad no es la cuarta.

-Uf, menos mal.

Ella suelta una risita desganada.

-Pero es la segunda.

-Puedes tomarte dos. Pero ¿luego no querrás ir a hacer pis?

-Eso espero. Y tardaré todo lo que pueda.

-Pero entonces parecerá que has ido a hacer caca.

-Oh, joder. Entonces avisaré desde el principio de que nunca puedo cagar fuera de casa.

Louise muestra buena voluntad con otro ruido que pretende mostrar que se divierte.

-Creo que dijera lo que dijese hoy, te reirías -dice Tom-. Dentro de lo razonable.

-Bueno. No pongamos a prueba esa teoría.

-Solo que..., ¿qué es lo razonable? Ahí hay un tema de conversación.

-Seguramente tenemos suficientes sin rebuscar en la historia de la filosofía occidental -dice Louise.

-Es verdad. ¿Quién era el filósofo de la razón? Yo diría que Kant. Quiero decirlo y lo diré: Kant. Ya está. Ya lo he dicho. ¿Lo compruebo?

Saca el móvil.

-No, por favor. Solo tenemos unos minutos.

-¿Seguro? No tardaré ni un segundo.

-Seguro. Pero gracias. ¿Los niños se han portado bien? ¿Se acordaba Christina de que hoy se quedaba hasta tarde?

-Todo bien -dice Tom-. A Dylan le han castigado otra vez.

-Oh, mierda. ¿Y ahora por qué?

-Estaba imitando a alguien del que nunca he oído hablar en Geografía.

-Qué idiota. ¿Hablamos de...?

-En serio, literalmente nunca había oído hablar de él -dice Tom-. Un youtuber, un zarrapastroso... ¿Quién sabe? Y Otis se sentía «un poco mejor» cuando me he ido. Sorpresa, sorpresa.

-¿Estás intentando matar el tiempo?

-Un poco sí, supongo. Estoy nervioso.

-Lo siento -dice Louise-. De no ser por mí no estaríamos aquí.

-No.

Louise lo mira.

-¿No, sin más?

-Sí. No, sin más. De no ser por ti no estaríamos aquí. Una triste verdad.

-¿No asumes ni una pizca de responsabilidad?

-No -dice Tom-. ¿Por qué?

-Porque..., porque el camino que nos ha conducido hasta aquí ha sido largo y difícil. ¿No crees?

-Bueno. Depende de cómo lo mires. Está el camino largo y difícil, y está... la línea recta.

-Llévame por tu línea recta -dice Louise.

-Te acostaste con otro y aquí estamos.

Louise da otro sorbo de su copa y luego respira hondo.

-Pero la cosa da un poquito más de sí, ¿no? -dice.

-Entonces ¿qué camino sigues tú?

-¿Recto o no recto?

-Recto.

-Bueno. Dejaste de acostarte conmigo y empecé a acostarme con otro.

-Esa... Esa es una versión muy corta. Y muy burda, si me permites decirlo.

-Bueno, en realidad mi versión es más larga que la tuya -dice Louise.

-La mía explica por qué estamos aquí. La tuya es una historia parcial del largo desastre que vino antes.

Louise suspira y trata de ordenar sus ideas.

-Sí -dice-. Cometí un error. Pero...

-¿Puedo aclarar algo? ¿Cuántos errores hubo en total?

-Bueno. Uno.

-Uno.

-Sí. Depende de cómo lo definas.

-Defínelo del modo que nos dé el número más alto. Para que yo sepa de qué estamos hablando.

-El número más alto serían cientos.

-Dios santo -dice Tom.

-Por todas las minúsculas decisiones que condujeron al gran error.

-Oh. No. No me interesan las decisiones minúsculas. Tenemos que irnos dentro de cinco minutos.

-Entonces uno.

-Pero cuando has dicho «Depende de cómo lo definas»...

-Podrías definirlo como una sola aventura -dice Louise-. O podrías definirlo como cuatro errores.

-¿Es decir?

-El error original repetido tres veces.

-Me he perdido. ¿Cuántas veces te acostaste con ese tío?

-Cuatro.

-No tres, entonces.

-No. Un error y tres repeticiones del error original. Digamos que el primero fue el pecado original y los otros tres son duplicados.

-Cuatro veces. Cuatro veces no se pueden considerar accidentales. En realidad ya sería difícil considerar accidental una sola.

Se ríe de su propia broma, y dice:

-A ver, ¿cómo va la cosa?

-Te lo he dicho. Tuve una aventura. ¿No te consuela que solo fueran cuatro veces, no cuarenta?

-Pues no, la verdad. En cuanto lo has hecho cuatro veces podrías hacerlo cuarenta.

-Creo que, si hubieran sido cuarenta, esta conversación sería distinta.

-Sí. Habría un montón de cuarentas en lugar de cuatros.

-Ya sabes lo que quiero decir -dice Louise-. Cuarenta significaría que habría durado...

Su voz se va apagando.

-¿Podrías acabar la frase? ¿Cuánto tiempo habrías necesitado para llegar a cuarenta?

-Esta conversación es absurda.

-Solo querría un tiempo aproximado. Para calcular la frecuencia y también el número.

-¿Por qué?

-Por comparar.

-No se puede comparar. Es como comparar un sprint con un maratón.

-¿Y el maratón somos nosotros?

-Por supuesto -dice Louise-. Estamos casados y tenemos hijos.